

Fiestas *del* año que termina

Glosa navideña

Marguerite Yourcenar

Traducción y texto de Alberto Betancourt

Estamos ya en vísperas de las comercializadas festividades navideñas. Para casi todo el mundo, a excepción de los miserables, que constituyen una inmensa mayoría, es un alto difícil e iluminado por el gris del invierno. Para la mayoría de quienes la celebran en la actualidad, la gran festividad cristiana se concentra en dos ritos: la compra, más o menos compulsiva de objetos útiles e inútiles, y entregarse a comilonas con las personas de sus íntimos círculos, en una inextricable mezcla de sentimientos donde entran por partes iguales, el deseo de agradar, la ostentación y la necesidad de tomar un buen descanso. Y no olvidemos símbolos muy antiguos de la perennidad del mundo vegetal, los pinos siempre verdes cortados en el bosque que terminan muriendo al calor de la contaminación ambiental, y los teleféricos que conducen a los esquiadores sobre la inviolada nieve.

No soy católica (salvo por nacimiento y tradición), ni protestante (salvo por algunas lecturas y la influencia de algunos grandes ejemplos), ni aún cristiana en el sentido pleno del término; sin embargo, me veo impelida a celebrar esta fiesta tan rica en significados y su cortejo de fiestas menores como el San Nicolás y Santa Lucía nórdicos, la Candelaria y la fiesta de los

Reyes. Pero concentrémonos en la Navidad, festividad que es de todos. Se trata de un nacimiento, y de un nacimiento como deberían ser todos, el de un niño deseado con amor y respeto que lleva en sí la esperanza del mundo. Se trata de pobres: una antigua balada francesa muestra a María y a José que buscan tímidamente en Belén un hostel de acuerdo a sus capacidades, rechazados en todas partes, para dar lugar a clientes agradables y ricos y finalmente insultados por un patrón que "odia la clase pobre". Es la festividad de los hombres de buena voluntad, como lo decía una admirable fórmula que desgraciadamente no se encuentra en las versiones modernas de los Evangelios, desde que la servidora sordomuda de los cuentos medievales ayudó a María en sus partos, hasta José que calentaba en un débil fuego la cobija del recién nacido, hasta los pastores recubiertos por la lana de sus ovejas, juzgados dignos de la visita de los ángeles. Es la fiesta de una raza muy despreciada y perseguida, pues es como un judío que aparece sobre la tierra el recién nacido autor del mito cristiano (empleo la palabra mito bien entendida y con respeto, como la emplean los etnólogos de nuestro tiempo, y con la significación de las grandes verdades que nos

sobrepasan y cuya existencia necesitamos para vivir).

Es la fiesta de los animales que participan en el sagrado misterio de esta noche, maravilloso símbolo que San Francisco y otros santos han sentido su importancia, pero que otros cristianos han descuidado y lo descuidan como fuente de inspiración. Es la fiesta de la comunidad humana pues es o será en algunos días, la de los tres Reyes Magos cuya leyenda quiere que uno de los tres sea un negro, en representación de todas las razas de la tierra que ofrecen al niño la variedad de sus regalos. Es la fiesta de la alegría, con melancólicos tintes profundos, pues este niño al que adoramos será algún día el Hombre de dolores. Es, en fin, la fiesta de la misma Tierra que en los íconos de la Europa oriental se la ve prosternada en el dintel de la gruta donde el niño ha decidido nacer, de la tierra que en este momento sobrepasa el solsticio de invierno y nos alista a todos para la sonriente primavera. Antes que la Iglesia hubiese fijado esta fecha para el nacimiento de Cristo, era la fiesta del Sol.

Parece que no sea ocioso recordar estas cosas que todo el mundo conoce y que muchos de nosotros olvidamos.

25 de noviembre de 2011 